

como lisonja á las dos mayores potencias que reconocamos en la tierra : el genio y la desgracia.

Así nos hemos ceñido á gozar en silencio de las bellezas de sentimiento que rebosan de esas páginas, llorar con el padre y remontar con el esposo y amigo á esos días desvanecidos en que nos encontramos en el mismo terreno literario. Pero ayer una circunstancia dichosa é imprevista nos obligó á acordarnos que también supimos tañer la lira, y á responder por un eco débil á la voz que nos viene del Océano.

Los poetas, escritores y amigos particulares de M<sup>ma</sup> Victor Hugo, concibieron la idea de mandar encuadernar del modo mas suntuoso el tomo de poesías de su esposo, insertar adjuntas algunas páginas en blanco, y cubrir estas mismas páginas con sus nombres, ó bien con algunas líneas de prosa ó verso, en testimonio de la amistad inspirada por esta ilustre y virtuosa señora que lleva tan glorioso nombre. Uno de ellos me trajo ayer la página que me estaba destinada, la cual me inspiró esta mañana los versos que á continuación inserto, no como modelo de literatura, sino como prenda de respeto á M<sup>ma</sup> Victor Hugo y afectuoso recuerdo de la amistad que, desde nuestros años de juventud, me liga al ilustre poeta con quien se halla unida en indisolubles vínculos.

### A MADAMA VICTOR HUGO.

RECUERDO DE SUS BODAS.

El día en que tu esposo, como un vendimiador ébrio, te arrastró por la mano bajo su humilde techo, me senté yo en la mesa que Dios os otorgaba para vuestra existencia, y el vino de la embriaguez regó nuestro pan.

Naturaleza secundaba esta agapa amorosa, pues todo era miel y leche, todo follage ameno, todo flores y frutos; sobre el mantel se operaba el trueque del anillo nupcial, primer eslabon dorado de la cadena nocturna.

¡Oh Psiquis, cuyo espíritu se despertó en el festin! tus negros ojos contemplaban con mirada de pasmo la frente de tu esposo de fulgor inundada, de la cual brotaba un rayo formado de un elemento mas puro.

Era la ardiente pira que la vida consume, cuyo carbon acá, mas la llama está allende; y tú te preguntabas incierta y enagenada : ¿ es un alma? ¿ es un fuego?... Mas no temblabas, no.

La noche trascurrió en tan castos delirios, el amor bajo la mesa entrelazaba vuestros dedos, y atónitos los transeuntes escuchaban dos liras una que canta aun, otra que enmudeciera.



Y, despues de apurar la última copa de vino, deshojé en mi vaso un pimpollo de jazmin; luego senti mi corazon mordido por una idea, y sali de la vispera recelando mañana.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Y ahora de nuevo acudo, convidado sin corona, á reclamar mi puesto en la enlutada mesa; las tinieblas se extienden, y azotado por el aquilon otoñal, muge el Océano estúpido estrellándose contra un escollo.

Mas no importa, sentémonos. Noble orgullo le eupo, á ti ternura delicada. — ¿Qué pretendes servirnos, oh muger de dolores? Donde ardieron dos corazones, aun quedan las cenizas. Mojémoslas con nuestras lágrimas, que tal es el pan del duelo.



